



Los púberes y otros niños mayorcitos dirán lo que quieran, pero a usted que no le engañen. Los Reyes Magos no son los padres. Los Reyes Magos existen. Y si piensa que no, entonces díganos quién yace dentro de este armatoste:



Fotografía: Daniel Farrell (CC)

Es el *Dreikönigsschrein*, por su nombre en alemán. Tiene la forma de un sarcófago triple, mide dos metros y veinte centímetros de largo y no es una tumba, sino un relicario de oro, el más grande de la cristiandad. Está tras el altar mayor de la catedral de Colonia y en él reposan los cuerpos de los tres reyes que, según la Biblia, adoraron a Jesús en Belén hace dos milenios. Los cuerpos de Melchor, Gaspar y Baltasar.

Y antes de que lo piense ya se lo adelantamos: el relicario no está vacío. Al menos, no lo estaba una de las últimas veces que se abrió, el 20 de julio de 1864, cuando uno de los allí presentes confirmó haber visto en su interior lo siguiente:

En un compartimento especial del relicario aparecieron —junto a restos de viejas vendas mohosas y podridas, probablemente de lino, entre pedazos de resinas aromáticas y sustancias similares— numerosos huesos de tres personas, que con la ayuda de varios expertos allí presentes se atribuyeron a tres cuerpos completos: el primero en su juventud, el segundo en su madurez y el tercero de edad avanzada. A su lado yacían dos monedas de plata acuñadas solo por una cara: una se remonta probablemente a los días de Philipps von Heinsberg y muestra una iglesia, mientras que la otra cuenta con una cruz guardada a ambos lados por una espada de jurisdicción y un báculo.

Así se lo explicó este testigo al teólogo e historiador alemán Heinrich Joseph Floss, que a su vez lo cita en un libro de ese mismo año, *Dreikönigenbuch: die Übertragung der hh. Dreikönige von Mailand nach Köln*, sobre la historia del relicario y sus inquilinos.



Detalle del Dreikönigsschrein. Fotografía: Anteeru (CC)

Es más: el *Dreikönigsschrein* de la catedral de Colonia se ha abierto en varias ocasiones desde entonces —la última durante una ambiciosa restauración acometida entre 1961 y 1973— solo para corroborar que, en efecto, contiene los huesos de tres hombres y que, como prueban las suturas coronales de sus cráneos, uno murió siendo joven, el otro en su madurez y el otro siendo anciano. También que conservan aún las coronas de oro y piedras preciosas que el rey Otón IV ciñó personalmente en sus calaveras en el año 1199 —apreciables desde fuera del relicario y cuya imagen aún figura en el escudo de Colonia, por cierto— y restos de ropa, muy deteriorada pero manejable. Y lo que es mejor: a finales de los años ochenta se sometió estos restos al análisis de un laboratorio y los resultados no pudieron ser, según se mire, más concluyentes o inconcluyentes. Los vestidos de aquellos hombres son de tafetán de seda y de damasco, fueron creados entre los siglos II y IV después de Cristo y proceden, atención, de Oriente. Tanto la composición química de su tinte como su confección apuntan a la antigua Persia.

Si no pertenecieron en puridad a los *magi* que cita la Biblia, los tres cuerpos de Colonia sí podrían ser aquellos que recuperó en Oriente Medio Santa Helena cuando aún era Flavia Julia Helena o —como la acabaría conociendo la historia— Helena de Constantinopla. A la madre del emperador romano Constantino I no la hicieron santa de la Iglesia y patrona de la arqueología por nada, ya que la casa le atribuye a ella el descubrimiento de la Vera Cruz, de los clavos con los que fue crucificado Jesús y de los cuerpos de los tres Reyes Magos, entre otros tesoros de las iglesias católica y ortodoxa. Entre los años 326 y 328, cuando contaba cerca de ochenta años, Helena fue investida emperatriz augusta de Roma y emprendió una célebre peregrinación a Tierra Santa que se saldó con el hallazgo de la mayor y mejor colección de reliquias de la historia del cristianismo, entre ellas los cuerpos —incorruptos, en principio— de los magos. No se sabe muy bien dónde estaban pero la tradición dice con frecuencia que en Saba, en el Yemen actual.



La ciudad yemení de Ma'rib es considerada por muchos expertos la antigua capital de Saba. Fotografía: Bernard Gagnon (CC).

La tradición, en efecto, ya que la historia dice otra cosa o, siendo puristas, no dice nada. El principal cronista de la vida de Helena de Constantinopla, Eusebio de Cesarea, no habló de que la emperatriz hiciera estos descubrimientos en sus famosos peregrinajes a Tierra Santa, sino que fueron mencionados por primera vez en un discurso de San Ambrosio —*Sobre la muerte de Teodosio*, de finales del siglo IV— y ni siquiera en esta ocasión se citan más que las reliquias relacionadas directamente con la Pasión de Cristo, en modo alguno los cuerpos de los tres Reyes Magos. Como propone la teoría más consensuada entre los historiadores de hoy, es probable que durante ese mismo siglo IV se propagaran tres diferentes leyendas en torno a los descubrimientos de Helena no del todo contrarias entre sí —denominadas respectivamente «de Helena», «de Protonike» y «de Judas Ciriaco»—, de las que acabaron bebiendo Ambrosio —doctor y de la Iglesia y uno de sus cuatro Padres, recordemos— y los demás autores y exégetas que trataron originalmente el asunto, entre ellos Rufino de Aquilea, Sozomeno y Sócrates de Constantinopla. En los siglos posteriores textos como la *Legenda aurea* —quizá el libro de vidas de santos más importante de la Edad Media, compilado por Jacobo de la Vorágine en el siglo XIII— siguieron consagrando esta visión de los hallazgos de Helena, en la que la emperatriz solo encontró las reliquias relacionadas directamente con la muerte de Jesús. De los Reyes Magos, ni el rastro.

Quien sí dijo encontrar el rastro de los tres *magi* bíblicos fue, atención, Marco Polo. Al dictar sus *Viajes de 1299* —un volumen más conocido como *El libro de las maravillas*—, el mercader veneciano explicó que a su paso por Persia —«antiguamente una inmensa provincia, noble e importante, pero en el presente los tártaros la han destruido y diezmado»—, contempló personalmente las tumbas de los Reyes Magos en «la ciudad de Saba», donde nadie supo explicarle nada sobre ellos «exceptuando que eran reyes y que fueron sepultados ahí en la antigüedad». Estaban enterrados «en tres grandes y magníficos sepulcros», especificó, coronados con «un templete cuadrado, muy bien labrado. Estos sepulcros se hallan el uno



junto al otro. Los cuerpos de los reyes están intactos, con sus barbas y sus cabellos. El uno se llamaba Baltasar, el otro Gaspar y el tercero Melchor».

El texto del veneciano relata también que «un poco más lejos, y a tres días de viaje, se halla un alcázar llamado Cala Atapereistan, que significa: castillo de los adoradores del fuego», habitado por un pueblo que, en efecto, adoraba a las llamas. La razón, según «averiguó más tarde» el viajero, era que «en la antigüedad tres reyes de esta región fueron a adorar a un profeta que acababa de nacer y llevarle tres presentes: el oro, el incienso y la mirra, para saber si ese profeta era dios, rey terrenal o médico, pues dijeron que si tomaba el oro, era rey terrenal; si el incienso, era un dios; si la mirra, entonces era un médico». Siempre según Marco Polo —que aquí refiere a su vez lo que cuentan los habitantes del lugar—, Jesús les entregó a cambio una piedra que al ser arrojada después al suelo por los magos provocó un fuego de carácter sobrenatural, que cada uno de ellos prendió y se llevó a su lugar de origen para que fuera adorado sin que jamás se extinguiera, dando lugar así a un culto en la persona de los tres monarcas cuya liturgia tenía por protagonista a las llamas. «Todo esto le contaron a mi señor Marco Polo y también que los tres Reyes Magos el uno era de Saba, el otro de Ava y el tercero de Cashan», concluye.



La Adoración de los Magos, de Girolamo da Santacroce, c. 1525.

¿Hay que creérselo? No demasiado. Aun cuando fuese cierto que así se predicaba en Oriente Medio en el siglo XIII, la historia sobre los Reyes Magos que refiere Marco Polo recuerda inevitablemente a una leyenda de origen armenio popularizada en la Europa cristiana a partir del siglo IX, aquella en la que los *magi* recibieron por primera vez la condición de reyes y los nombres con los que los conocemos hoy en día. En ella visitaban al mesías confundiéndolo con un médico —de ahí la mirra— y eran agasajados también con presentes entregados por el propio Jesús, como imponía su estatus de monarcas. Es una versión de los hechos que resuena en el *Evangelio Armenio de la Infancia* —5, 10—, un texto apócrifo según el cual «un



ángel se apresuró a ir al país de los persas» en el momento mismo de la Inmaculada Concepción «para prevenir a los Reyes Magos y para ordenarles que fuesen a adorar al niño recién nacido». Según este mismo evangelio, «los Reyes Magos eran tres hermanos: el primero, Melkon, que imperaba sobre los persas; el segundo, Baltasar, que prevalecía sobre los indios; y el tercero, Gaspar, que poseía el país de los árabes».

¿Cómo es que la versión oriental del mito acabó imponiéndose en Occidente? La primera pista está donde empezamos, en Colonia, y es inmensa. Su catedral, el templo gótico más grande de Europa septentrional, comenzó a erigirse en el año 1248 para constituirse en tumba de los Reyes Magos, tardó seis siglos en construirse y cuando se completó en 1880 era el edificio más alto del mundo. Y sin embargo la Biblia no cuenta nada sobre sus inquilinos. Al presentarse ante Jesús en el Nuevo Testamento no se especifica su nombre, ni su número ni que fueran reyes y solo posiblemente podrían aparecer mencionados en el Antiguo, aunque de pasada y muy por los pelos. Al profetizarse la venida del mesías en los *Salmos* —72, 9—, el texto reza «que se inclinen ante él las tribus del desierto, y sus enemigos muerdan el polvo; que los reyes de Tarsis y de las costas lejanas le paguen tributo. Que los reyes de Arabia y de Sebá le traigan regalos; que todos los reyes le rindan homenaje y lo sirvan todas las naciones». Al aludirse reyes y tres naciones, hay quien ha querido ver con mucha imaginación una mención a los tres hombres que visitaron a Jesús. Y al mencionarse Tarsis, por cierto, hay quien le ha puesto todavía más entusiasmo y ha propuesto que los Reyes Magos eran andaluces.

Sea como fuese, lo cierto es que las reliquias de los *magi* bíblicos atrajeron gran tráfico de peregrinos y constituyeron una de las grandes sensaciones de la Europa medieval, como ilustró —y solo ilustró— Umberto Eco en *Baudolino*. La magnitud artística del gran *Dreikönigsschrein*, el relicario que alberga sus cuerpos, es prueba también de la dimensión política y económica que los cuerpos de los Reyes Magos llegaron a tener en el Sacro Imperio Romano Germánico, espiritualidad aparte. Aunque pasaron brevemente por Constantinopla y después reposaron más de ocho siglos en la Basilica di Sant'Eustorgio de Milán, el emperador del Sacro Imperio Federico I Barbarroja saqueó la ciudad en el año 1164 y robó los cuerpos



de Melchor, Gaspar y Baltasar, que legó seguidamente al poderoso arzobispado de Colonia en una hábil maniobra política. Incluso antes de verse finalizado el ambicioso relicario que les daría sepultura, ya jugaba un **papel fundamental** en las guerras de poder del imperio, una dimensión que conservaría durante siglos. Cuando Otón IV coronó sus cráneos, por ejemplo, no era siquiera el monarca legítimo y se disputaba el título aún con Felipe de Suabia. Se estaba coronando a sí mismo, en otras palabras.

Así que niegue, lo dicho, cuando oiga aquello de que los Reyes Magos no existen o, como poco, relativice. Existen, o al menos llamamos así a las tres mismas personas desde hace más de mil ochocientos años, lo que constituye un acto existencial importante. Otra cosa es lo que hagamos cada cual la noche del 5 de enero o que señores pintados con un corcho quemado se den baños de masas en las cabalgatas. O por supuesto que hicieran magia, que uno fuese negro y el otro tuviese la barba cana o que llegasen acaso a entrevistarse hace dos milenios con un niño llamado Jesús. A estas alturas, eso es lo que menos importa.



Fotografía: Iberia Airlines (CC).